

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que echaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

CIUDADES EN EL AIRE.

II.

Al decir que no está la nación preparada para tales cambios, parecería que solo condenábamos la precipitación de los supuestos reformadores y la imprudencia con que se arrojaron á innovaciones prematuras. Mas no consiste el daño en que se caminara de prisa, sino en que se tomara el mal camino. Si así no fuera, tendríamos que alabar á todos aquellos, que siendo enemigos de exageraciones, presentaron prudente resistencia á las medidas mas temerarias; y aun estuviéramos obligados á hacer el panegírico de los que, no siendo enemigos del espíritu revolucionario, sino solamente de sus excesos y demasías, aconsejaban que se caminara despacio, pareciéndoles que la estudiada lentitud sería entre todos los medios el mas excelente para asegurar la posesion de tan preciosas conquistas. Si así no fuera, jamás faltarian partidos ó sectas que merecieran estos elogios; supuesto que al otro dia de un movimiento revolucionario, sin escluir el de Setiembre de 1868, aparece un partido con su ministerio á la cabeza, el cual pretende hacer alto en el general desconcierto, condena los extremos y por consiguiente su propia conducta, se presenta cual moderador, se coloca en el *justo medio*, ofrece mantener el orden para congraciarse con los que temen las revueltas, y pugna por *consolidar* la obra

revolucionaria para halagar á los anarquistas. Tarea cada vez mas imposible, promesa cada vez mas engañosa, propósito de dia en dia mas funesto, porque ninguna nacion puede estar preparada á sufrir sin impaciencia el ominoso yugo de las facciones que la ensangrientan y la destruyen.

Volvamos los ojos á Francia, y mirémonos en ese espejo, en el que ya se refleja en parte nuestra propia figura. Creíase que ese pueblo, hoy tan desgraciado, iba muy delante de nosotros, y que si bien á costa de durísimas pruebas habia llegado á la grandeza que le prepararon sus filósofos enciclopedistas. Fué mucho atrevimiento zafar los antiguos principios del orden social, levantar *una ciudad en el aire*, segun el dicho de Plutarco, inventar un nuevo derecho, y sorprender la imaginacion con el exterior aparato de una obra suntuosa, disimulando la interior deformidad y flaqueza con bellas pero falsas apariencias. Se nos decia que todo este sistema que nosotros vamos ensayando, á ejemplo de los demás pueblos de Europa, habia echado en Francia profundas raices y proporcionado tantos beneficios, á contar desde los grandes principios proclamados por la revolucion en 1789. Pretendíase que al abrigo de tales principios podria la Francia arrojarse impunemente á temerarias empresas, de las cuales saldria vencedora bajo todos los gobiernos, porque el espíritu de la gran revolucion del siglo pasado, espíritu que sobrevivía y dominaba todo

régimen político, la monarquía y la república, el consulado y el imperio, era nada menos que el espíritu de la nación. Con esta confianza salió Napoleón de París á la guerra con Prusia: bastábale este escudo; creía no necesitar más lábaro que los principios de 1789, y á ellos se confiaba con toda devoción. No agradaba á los republicanos la máquina del imperio; pero el imperio comunica á las empresas militares un poco de gloria, y suscita recuerdos que valen mucho. No agradaba á los constitucionales el gobierno *personal*: pero al fin se establecía por lo pronto una regencia que hacia olvidar al jefe del estado; el emperador pasaba á ser el caudillo del grande ejército; y el árbitro de la Francia, alejándose hasta las orillas del Rin, se oscurecía momentáneamente entre las sombras de un eclipse, que no se pensaba fuese tan absoluto. Los republicanos quisieron juntar aquella gloria de la guerra con las glorias de la república; pero escrito estaba que la campaña no se acabaría sin que los fogosos republicanos marcharan al combate bajo su bandera propia, rigiendo los principios de 1789 en toda su pureza. Con todas esas glorias, la Francia será invencible.

Pero al contemplar los inauditos estragos de una breve campaña, preguntamos estupefactos: ¿cómo no se salva á sí mismo ese pueblo soberano? ¿para cuándo reserva sus milagros el genio de la libertad? ¿No pudiera levantarse de su actual postración con una nueva *declaración de los derechos del hombre*? Los que divinizaron la razón y siguen tributándola cierta especie de culto ¿cómo es que escandalizan al mundo con actos de barbarie tan inauditos? Los humanos y civilizados ¿por qué se han convertido en fieras? Los tolerantes y los filántropos ¿cómo es que pararon en asesinos? ¡Tanta flojedad para guerrear con el extranjero, y tanta fiereza contra los ciudadanos indefensos, asesinando á los sacerdotes y á otras muchas personas inocentes! ¿Qué ha pasado en París, en la moderna Atenas, foco tan ponderado de la moderna civilización, para que de un soplo se apagaran todas las luces, menos la del incendio que devoraba

palacios y columnas monumentales? Todos los derechos quedaron sin defensa: á un mismo tiempo se perdía la propiedad, la honra, la libertad y la vida, sin que las víctimas tuvieran á quien quejarse. Tal quedó la nación en el universal naufragio.

Pues ¿no eran tan felices los franceses con el ateísmo legal, con el materialismo en las costumbres, con el criticismo de sus filósofos, con el racionalismo de su magisterio público, con el doctrinarismo de sus políticos, con el cesarismo del año pasado, con la república del presente, con el socialismo en las masas y con el gracejo volteriano de su venal literatura? ¿No era la Francia omnipotente con su centralización, su monopolio, sus bayonetas y sus millones de sufragios? ¿Cómo es que sucumbe este gran pueblo cuando resuena más fuerte que nunca el grito de *libertad*?

Aunque tengamos que repetirnos, insistiremos en la misma respuesta: la nación francesa no estaba preparada para eso. No hay más que una voz para decir que urge salvar la sociedad; mas no habrá salvación para la sociedad si no se reorganiza sobre los antiguos principios que le dieron vida y consistencia. En cuanto á los principios de 1789 no hay más que decir sino que son disolventes por naturaleza, y en prueba de ello ahí está el resultado.

La suerte de Francia es la que nos espera á nosotros, pues vamos por el mismo camino: y á estas horas puede decirse que en algunos disparates le llevamos ventaja. No está pues el mal en que tal ó cual reforma, de estas que nos meten por los ojos sus autores, venga despacio ó parezca prematura, sino en que es dañosa de por sí. ¿Por qué hemos de alabar á los partidos que se dicen prudentes, solo porque no quieren apresurar el movimiento ni precipitar los excesos revolucionarios? Ó abjuran ó no de sus principios: esta es la cuestión. Con sus principios vendrá la catástrofe, y á veces la hará más dolorosa la misma resistencia, que á las oposiciones parece inexplicable y arbitraria. Vendrán otros partidos, empujarán á los rehácios, los acusa-

rán de ilógicos, y á la postre los derribarán con algazara.

No estamos acostumbrados, ni hay pueblo alguno que pueda acostumbrarse, á vivir de esa manera. Con gobiernos ateos no se puede vivir: no podemos tenernos de pié estando minados los cimientos del edificio social. Hace doscientos años que se presagiaba en Francia este fin tan desastroso: ya en el pasado siglo se convirtió en un lago de sangre; pero la ruina de la fé y de las costumbres aumentó estos horrores. La desolacion de ahora tiene un carácter mas humillante ó mas odioso. Ni siquiera puede consolarse la nacion con sus triunfos en la guerra, porque ha sido vencida, y *la señora de las naciones fué hecha tributaria*. La gloria militar tapaba mucho, pero ahora no hay gloria. La conquistadora de otros dias ha tenido que ceder parte de su territorio; y la hermosa ciudad, que se envanecía atrayendo soberanos para que la admirasen engalanada, destruye por su propia mano los mejores monumentos, que iluminados en noches de públicos regocijos reflejaban sus luces en las aguas del Sena. La hubiera salvado la virtud, la abnegacion, la disciplina, la obediencia, la religion, el patriotismo, la fé, el buen gobierno, los buenos principios: nada de esto tenia. Un pueblo soberano no es un pueblo disciplinado: el soberano no obedece, el sibarita no es buen patriota. Seria necesario vivir de la religion y abrigar en las entrañas el amor de la patria, como los honrados bretones y vendeanos, dignos hijos de los viejos soldados de la Francia cristiana, para pelear y vencer como vencieron ellos en algunos encuentros notables de la pasada guerra.

Unica conclusion. La Francia no estaba preparada, nosotros no lo estamos tampoco. Establecer el gobierno destruyendo sus únicos principios, es tan insensato como edificar ciudades en el aire.

M. MUÑOZ Y GARNICA.



LA NAVE DE LA IGLESIA.

Et erat ipse in puppi super cervical dormiens: et excitant eum, et dicunt illi: Magister, non ad te pertinet quia perimus? Et exurgens conminatus est vento et dixit mari: Tace, obmutesce. Et cessavit ventus et facta est tranquillitas magna.

MARC. IV, 38, 39.

¿Cuándo será que en los undosos senos
Jamás por las borrascas sacudidos,
Sus lienzos de auras frescas siempre llenos,
Sus remos á compás siempre movidos,
De la Iglesia la nave
Deslizándose suave
Siga recta el trazado derrotero,
Por do la humanidad, cuyos destinos
Lleva en su seno, al fin de sus caminos
Halle aquí paz, gozo en el cielo entero?

¿Cuándo será que, ya que no despierte
A los roncós bramidos de los vientos,
Ni á los que al buque el oleaje fuerte
Comunica encontrados movimientos,
Cristo, que á dulce sueño
En el turbado leño
Al parecer se entrega, lo sacuda
Al orar de sus hijos, que de hinojos
Le suplican que torne á ellos sus ojos
Y que á domar á la tormenta acuda?

¿Cuándo será que brille el feliz dia,
En que puesto de pié sobre su puente,
Cual un tiempo la calma devolvía
De Galilea al mar con voz potente,
En la nave que hoy cruje
Del onda al rudo empuje
Que amenaza tragarla; imperiosa
La voz levante, y luego el mar inquieto
Se rinda á él, cual rinde leon sujeto
Al que le doma su melena undosa?

¿Cuándo será?... Será cuando sumiso
El hombre doble su cerviz altiva
A su Señor, y cuando como aviso
Lo que creyó castigo, fiel reciba:
Será cuando sacuda
De su mente la duda
Que mente y corazon seca é inquieta:
Será cuando ame mas y mas espere:
Será cuando en el mundo la fe impere
La fe que á su querer á Dios sujeta.

La fé!.. ¿y por qué no haberla cuando el mismo
Que predijo á su Iglesia tempestades,
De que ha de ser contra ella el negro abismo
Impotente, nos dió seguridades?
Si el mar embravecido
Llega á sus piés rendido
A escuchar sus mandatos, si enmudecen
A su acento los vientos bramadores,

¿Qué podrán de los hombres los furios
Que ni el desprecio del Señor merecen?

Por largos siglos vomitó el averno
Monstruos de crueldad, que en impia guerra
Para anegar el trono del Eterno
Inundaron de sangre la ancha tierra;
Y en potros y en hogueras
Y entre garras de fieras
Por cientos de millares sucumbian
Los hijos de la cruz, que en diez crüentos
Combates por saciar á los sedientos
De su sangre, entre hosanas la vertían.

Y mas triunfante cuanto era mas brava
La tempestad de enojos y venganzas,
La combatida Iglesia navegaba,
Cual en fé rica, rica en esperanzas:
¿Y por qué no, si á solas
Con sus hijos las olas
De aquel sangriento mar atravesando,
Sabía que llevaba á Dios en ella,
Y que aunque duerma atiende á la querrela.
Del que á voces le invoca con fé orando?

Y oró, y pasó el diluvio, y sus vapores
Que de Dios hasta el trono se elevaron
De fé y de caridad con nuevas flores
A la tierra al volver la matizaron.
Y cual viuda ayer triste
Que hoy, nueva esposa, viste
El que le dió su amante nupcial velo,
Dejó la Iglesia el funeral ropaje
Para al través del tiempo su viaje
Seguir, mansa la mar, sereno el cielo.

Mas ay! que aquella calma duró poco:
Porque apenas la paz dió Constantino
A la cristiana grey, con cisma loco
Arrio protervo á conturbarla vino:
Y cual horrible llama
Que á la vez que derrama
Estrago alrededor, en ondulante
Negruzca nube mancha el firmamento,
Así llevada en alas por el viento
Va la heregia por do quier triunfante.

Y todo corazon se contamina,
Y el humo del error por igual ciega
Al rudo godo que á asaltar camina
A Roma, y á la culta gente griega.
¿Quién pondrá al error vallas?
¿Quién las fieras batallas
Atajará con que Luzbel pretende,
Enconando las torpes pasiones,
Dar del mar los abismos por prisiones
A la nave de Pedro que el mar hiende?

Allí el germano bajo el roble añoso
Ofrece á Odin humanos troncos yertos;
Aquí el escita de mirar sañoso
Bebe su vino en cráneos de los muertos.

Del ocaso al oriente
Lago de sangre hirviente
El orbe es ya. ¿De su ruina cierta
Quién salvará la pobre nave inerme?
El que á la sombra de sus velas duerme,
Pero que siempre á su rogar despierta!

Mas no cede Satan, y nueva guerra
Suscita y mas desechas tempestades,
Y es vivero de errores la ancha tierra,
Cuéntanse los herejes por edades.
Y hoy engendra á Lutero
Cual Luzbel altanero,
Y otro dia á Voltaire y otros blasfemos,
Y la nave de Cristo se conturba
Al oír vocear á la impia turba:
«Sus, y al infame, ó pueblos, aplastemos!»

Y aquel grito de guerra contra el cielo,
Al que contestó Dios airado y fuerte
De la aljaba vaciando sobre el suelo
Sus flechas que á do van llevan la muerte,
El siglo que moria
Lo legó al que nacia,
El cual loco de orgullo con la herencia
Que los pasados siglos le dejaron,
No vió, al creerse Dios, cual ofuscaron
Los humos del error su inteligencia.

Y porque vió que al mar demar podía,
Y al rayo detener en su carrera,
Y en el cristal fijar la luz del dia,
Y entrarse audaz por la celeste esfera,
Y sorprender los giros
Que en campos de zafiros
Dan de los astros las brillantes greyes,
Pensó que cual al suelo las dictaba,
Tambien al Dios que al mundo gobernaba
O escarnecer podía, ó darle leyes.

Y fieros cual los hórridos vestiglos
Que en su miedo los pueblos concibieron,
Amasando en un odio el de los siglos
Que mas en guerra con el Cristo fueron,
Gobiernos y naciones,
Y torpes ambiciones
Y errores y vilezas y egoismos,
Diéronse cita al pié del Capitolio,
Para lanzar á Pedro de su solio
Y hundir despues su nave en los abismos.

Necios, que no pensaron en su orgullo
Que aquel su loco empeño era tan vano
Cual pretender que al mundanal murmullo
Pare su curso el astro soberano;
Cual de estrella brillante
Con fuego fatuo errante
La luz oscurecer; como que el mundo
Se estfemezca al pisarlo vil oruga;
Como que surque el mar con honda arruga
El leve aliento del insecto inmundo.

Oh! ruja furioso el negro averno
 Y estremézcase el mar á sus embates;
 Contra la Iglesia en su rencor eterno
 Suscite el torpe error nuevos combates.
 Mientras haya quien crea,
 Mientras una alma se vea
 Que espere y ame y ore acá en el suelo,
 Cristo, no lo dudeis, de pié en la prora
 Dirá al mar, «enmudece,» y triunfadora
 La santa nave seguirá su vuelo.

JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.

LA MORAL CATÓLICA

POR ALEJANDRO MANZONI

traducida del italiano.

CAPÍTULO VIII.

SOBRE LA DOCTRINA DE LA PENITENCIA.

(Conclusion del párrafo III.)

Pero no se limita á esto la religion, sino que remueve tambien los otros obstáculos que los hombres oponen á la conversion á la virtud. Huye el malo de la sociedad de aquellos que no se le parecen, porque teme encontrarlos orgullosos de su virtud: ¿abrirá su corazón á estos, que aprovecharán la oportunidad para hacerle sentir que le son superiores? ¿qué consuelo le han de dar estos, que no pueden restituirle la justicia? estos que se apartan de él para parecer immaculados; estos que hablan de él con desprecio, para que se vea mas y mas que menosprecian el vicio? estos que le obligan de este modo á buscar la compañía de aquellos que son culpables como él, y que tienen los mismos motivos para reírse de la virtud? Sobrado participa la justicia humana del orgullo del fariseo, que se compara con el publicano, que se coloca en sitio apartado de él, que no imagina que este pueda tornarse un igual suyo, que si pudiese le tendría siempre en la abyeccion del pecado.

Pero esta religion divina de amor y de perdon ha instituido conciliadores entre Dios y el hombre: quiérellos puros á fin de que su vida aumente la confianza en sus palabras, para que el pecador que se les acerca se sienta restituido á la compañía de los virtuosos; pero les quiere humildes, para que puedan ser puros, para que el malo pueda acudir á ellos sin temor de que le rechacen. Acércase este sin espanto á un hombre que confiesa que tambien es pecador, á un hombre que al oír sus culpas adquiere la confianza de que el que las revela es amado de Dios, que ve-

nera en el arrepentido la gracia de aquel que reclama para sí los corazones; á un hombre que mira en él la oveja llevada en hombros del pastor, que mira en el que está á sus piés al objeto de la alegría del cielo; á un hombre que toca sus llagas con compasion y respeto, que las ve ya cubiertas de aquella sangre que invocará sobre las mismas. Admirable sabiduría de la religion de Cristo! Impone esta al penitente obras de satisfaccion, con las cuales aparece mas segura la mudanza del corazón porque se inclina á los actos contrarios á aquellos á que propendia en su estravío, con las cuales se afirma en los hábitos virtuosos y en la victoria de sí mismo, con las cuales sostiene la caridad y compensa en cierto modo el mal causado. Porque la religion, no solo no le concede el perdon sino con tal que remedie, á ser posible, los males hechos al prójimo, mas por todo género de culpas le sujeta á la penitencia, la cual no es otra cosa que el aumento de todas las virtudes. Obliga á sus ministros á cerciorarse cuanto puedan de la realidad del arrepentimiento y del propósito, investigacion que tiende no solo á impedir que se fomente el vicio con la facilidad del perdon, sino á dar al hombre que está arrepentido de veras una esperanza mas consoladora: todo es afán de perfeccion y de misericordia. Y á los ministros que reconciliaren con ligereza al que realmente no estuviere trocado, les amenaza que en vez de desatarle ellos mismos serán atados: tanta es su solicitud para que el hombre no torne en veneno los remedios que compasivo ha concedido Dios á nuestra flaqueza.

Quien con estas disposiciones es admitido á la penitencia ciertamente que está en camino de la virtud: quien ha oído de los labios del ministro del Señor que está absuelto, como que se sienta de nuevo en posesion de la inocencia; torna á seguir aquel camino con alegría, con tanto mas fervor cuanto mas recuerda lo amargo de los frutos que ha cogido en el del vicio, cuanto mas conoce que las acciones y los sentimientos virtuosos son los medios que la religion le ofrece para aumentar la confianza de que sus huellas en aquel lastimoso camino están borradas.

La religion ha recibido de la sociedad un vicioso, y le devuelve un justo: solo ella podia obrar esta mudanza: ¿Quién hubiera ideado, quién hubiera intentado instituir una asociacion para esperar al pecador, para buscarle, para enseñar la virtud, para llamar á ella al que á su mediacion acude, para hablarle con una sinceridad que no se encuentra en el mundo, para hacerle cauto contra toda ilusion, para consolarle á medida que se vuelve mejor?

Laméntase el mundo de que ejercen muchos oficio tan elevado como una profesion, y con esta palabra que no alcanza á deshonrar las mas nobles funciones, el mundo pone de manifiesto cuanta distancia él mismo establece entre estas y cualquier otra, cuanto conoce él mismo que la institucion de estas es tan augusta que lo que es ordinario en las otras es indecoroso en aquellas. Mas ¿por ventura se han acabado los ministros dignos de sus funciones? No: Dios no ha abandonado su Iglesia, antes conserva en ella á hombres que no tienen ni quieren otra profesion que la de sacrificarse por la salud de sus hermanos, que se la proponen por único premio de los peligros, de los padecimientos, de la vida mas laboriosa, á veces de la muerte del suplicio, y mas á menudo de un lento martirio. Pero el mundo que se lamenta de los otros mirará á estos con veneracion y agradecimiento: en cada ministro celoso, humilde y desinteresado verá un hombre grande; se acordará con admiracion y ternura de aquellos europeos que recorren los desiertos de América para hablar de Dios á los salvajes; al oír el fin de aquellos soldados de Cristo que partidos á la China para predicar allí á Jesucristo, sin esperanza alguna terrena, han sufrido recientemente el martirio, se gloriará de ello el mundo como se gloria de todos los que por un fin noble tienen la vida en menosprecio. Si no lo hace, si mofa á aquellos á quienes no puede censurar, si les olvida, ó les llama entendimientos débiles, cortos, preocupados, puede creerse que el mundo no aborrece los defectos de los ministros, sino el ministerio.

Pero no es únicamente á los que han sacudido el yugo de la ley divina y que quieren de nuevo someterse á él, á quienes la penitencia sacramental es útil y necesaria: no lo es menos á los justos. Siempre en guerra con las malas inclinaciones internas y con todas las potencias del mal, la religion les escita á meditar con amargura de corazon en sus imperfecciones, á velar sobre sus caidas, á implorar su perdon, á compensarlas con actos de virtuosa abnegacion, á hacer propósito de continuo mejoramiento de vida. La penitencia es la que destruye en ellos los vicios al nacer, la que *en vasos de barro conserva el tesoro* (1) de la inocencia.

Una institucion que obliga al hombre á juzgarse severamente á sí mismo, á medir sus acciones é inclinaciones con la regla de la perfeccion, que les dá el motivo mas poderoso para excluir de este juicio

(1). *Hubemus autem thesaurum istum in vasis fictilibus.* Paul. II ad Corinth. IV, 7.

toda hipocresía, enseñando que será revisado por Dios, es una institucion sumamente moral.

¿Cómo ha podido tal institucion ser desconocida de tantos escritores? ¿Cómo se le ha atribuido tantas veces un espíritu diametralmente opuesto al suyo?

No puede menos de espermentarse un sentimiento sobre manera doloroso, cuando en un escrito que respira amor á la verdad y á la perfeccion, en un escrito en que las reflexiones mas meditadas se enderezan al sentimiento moral y este al sentimiento religioso, se encuentra esta proposicion: que el catolicismo hace comprar la absolucion con la manifestacion de las culpas (1).

No se trata aquí de inducciones ni de recónditas y complicadas influencias, trátase de un hecho: cada uno puede informarse con cualquier católico de si la manifestacion de las culpas es suficiente para obtener su absolucion; cualquier católico contestará negativamente, cualquier católico repelirá con el concilio de Trento «anatema al que niegue que para la perfecta remision de los pecados se requieren tres actos en el penitente, como materia del sacramento, á saber: la contricion, la confesion y la satisfaccion» (2).

Además, recibir este sacramento sin aquellas disposiciones es un sacrilegio, un nuevo y horrible pecado. Y tanto es así que la absolucion no se compra con la manifestacion, como que á veces puede ne-

(1) *Admitiendo el catolicismo las prácticas para compensar los delitos, haciendo comprar la absolucion con manifestaciones y los favores con ofrendas, chocaba demasiado ostensiblemente con las nociones mas sencillas de la razon para que pudiese resistir al progreso de las luces.* Educacion práctica, trad. del inglés por M. Pictet. Ginebra, impr. de la Bibliot. Britan. Prefacio del traductor, pag. VIII, y de la segunda edicion pag. VII.

Tal religion chocaria sin duda con las nociones mas sencillas de la razon. Pero suponiendo que fuese tal el catolicismo, quedaria por esplicar como por ejemplo Pascal y Bossuet hayan podido consentirla, como todos los católicos estén por debajo de las primeras nociones de la razon. Pero esta esplicacion no es necesaria, puesto que el hecho no existe.

No nos estenderemos acerca de los otros dos cargos que se hacen al catolicismo, porque no se relacionan directamente con el asunto, y quedan tambien implicitamente desvanecidos; pues las prácticas del culto y las ofrendas, con las condiciones de que tantas veces se ha hablado, son aptas para el fin de compensar los pecados y de obtener los favores, y sin ellas la doctrina de la Iglesia no las propone ni aprecia. He citado este ejemplo porque importa mucho mostrar uno en el cual sea evidente que la aversion á las máximas de la Iglesia se funda en una máxima supuesta; y he escogido este en particular, porque me ha parecido conveniente que en un libro, donde quisiera que todo fuese concordia y benevolencia, se citaran escritores á quienes, refutando sus opiniones, se les pueda dar un estimonio de profundo y no vulgar aprecio.

(2) *Si quis negaverit ad integram et perfectam remissionem requiri tres actus in penitente, quasi materiam sacramenti penitentiae, videlicet, contritionem, confessionem et satisfactionem... anathema sit.* Conc. Trid. sess. XIV, can. IV.

garse la absolucion despues de la manifestacion, á veces se concede sin esta, como á los moribundos que no están en disposicion de hacerla y dan muestras de estar á ella dispuestos.

Por poco que se observe el espíritu de la Iglesia en la doctrina de los sacramentos, se verá que toda la economía de estos está ordenada á la santificacion del corazon, y cuanto ella detesta el sustituir los sentimientos con las prácticas. La enseñanza católica establece en los sacramentos una distincion tan propia como importante, llamando á unos sacramentos *de vivos*, y á otros *de muertos*. Unos y otros son instituidos por Jesucristo, y todos para santificar; pero á los primeros no es lícito acercarse sino en estado de gracia: por qué? Porque segun la Iglesia el primer paso, el paso indispensable para toda santificacion es la conversion á Dios, el amor á la justicia, la aversion al mal.

Existe harto en los hombres una tendencia supersticiosa que les lleva á confiar en las meras prácticas exteriores, y á acudir á ceremonias religiosas para sofocar los remordimientos sin reparar los males cometidos ni renunciar á las pasiones: pareceme que en esto el gentilismo les servia á medida de sus deseos. Pero ¿cuál es la religion que esencial y perpétuamente, y de un modo manifiesto, se opone á esta tendencia? La religion católica, sin duda alguna. Siendo todos los sacramentos medios eficaces para la santificacion, ¿por qué no habia de ser lícito acudir indistintamente á todos los sacramentos, si se admitiesen las prácticas del culto para compensar los delitos? ¿Qué medio de santificacion podría parecer mas fácil que el sacramento de la Eucaristía, el cual comunica realmente la víctima divina, y une al hombre con la misma santidad? Sin embargo la Iglesia declara no solo inútil sino sacrílego el recibir este sacramento no hallándose en estado de gracia: el propiciador mismo se torna condenacion en un corazon injusto. Obliga aquella á los pecadores que quieren llegar á aquellas fuentes de gracia, á pasar por los sacramentos que reconcilian con Dios: la penitencia á la cual no es permitido acercarse sin dolor del pecado y sin propósito de nueva vida, y el bautismo que exige las mismas disposiciones en los adultos. ¿Podia la Iglesia manifestar mas claramente que no tiene en cuenta, sino que rechaza las prácticas exteriores, cuando no sean indicio de sincero amor á la justicia?

Pero ¿de qué puede haber nacido una opinion tan opuesta al espíritu de la Iglesia? Creo que de un equívoco. Siendo la confesion la parte mas aparente del sacramento de penitencia, se ha dado en llamar

impropiamente confesion á todo el sacramento. Pero adviértase que esta inexactitud de palabras no ha alterado su idea, porque la necesidad del dolor, del propósito y de la satisfaccion es tan universalmente enseñada, que puede afirmarse no haber catecismo que no la inculque, ni muchacho admitido á la confesion que la ignore.

CRÓNICA.

Los habitantes del populoso barrio de Trastevere, que no han olvidado todo lo que Pio IX ha hecho por ellos, le han enviado una comision para regalarle una rica estola bordada de oro y enriquecida de perlas.

«Acepto, ha dicho, vuestro testimonio de gratitud en memoria de lo que he podido hacer por el Trastevere, ya en lo concerniente á la comodidad de los altares, ya para la instruccion pública ó el esplendor de los santos lugares. Recibo esta estola que es el símbolo del consuelo, y por cierto que se necesita en este momento en medio de tantas vicisitudes y amarguras. En otro tiempo todos admiraban este consuelo en la ciudad de Roma, y mas de una vez me han dicho algunos extranjeros, que al entrar por la puerta del Popolo ó por la de San Juan ó llegando por el ferrocarril, les parecia que se encontraban en su propio pais. Desgraciadamente no se puede decir ya esto en el dia. Dios nos castiga por nuestros pecados, por los del clero ó por los del pueblo, lo cual ignoro, pero no es esto un motivo para perder la confianza. La alegría renacerá probablemente, y entonces cada cual volverá á sus tareas. Imploramos esa alegría con la oracion y la práctica de las virtudes cristianas. Para esto recomiendo á los padres la educacion cristiana de sus hijos y á los hijos la obediencia á sus padres.»

Segun leemos en los periódicos romanos, los revolucionarios no desconocen la importancia y significacion de la especie de plebiscito en favor del papa, llevado á cabo por la *Sociedad de los intereses católicos*. Roma no es una ciudad escesivamente populosa, y 27,165 firmas de *ciudadanos mayores de edad* representan incontestablemente la mayoría de la poblacion. Conviene tener en cuenta que estas firmas se han recogido con gran legalidad y escrupulosidad, firmando todos de propia mano; es decir, que los que no saben leer y escribir no han firmado, y tambien entre ellos tiene el papa numerosos partidarios.

Otra circunstancia aumenta el valor de esta demostracion de fidelidad, y es que, como todo el mundo sabe, está ausente de Roma gran parte de la poblacion católica, y la revolucionaria ha crecido considerablemente. Por otra parte, el temor y las persecuciones habrán retraido á los menos animosos de asociarse á la manifestacion anti-piamontesa.

¿Habrá todavía quien se atreva á sostener que el pueblo romano está con los usurpadores del Pontífice?

El gobierno prusiano acaba de dictar una medida que revela todo su temor y todo su despecho. En odio á la Iglesia y solo para alarmar á los católicos ha suprimido el negociado especial católico que habia en el ministerio de instruccion y de los cultos. Este negociado, que existia desde 1841, solo podia estar desempeñado por católicos, y tenia por único objeto el tratar bajo un punto de vista católico todos los asuntos eclesiásticos en sus relaciones con el poder civil.

En Prusia no solo hay muchos católicos, sino que además existen provincias enteras, como las del Rin y Polonia, que son casi exclusivamente católicas. Para estas provincias se necesitaba, por ejemplo, escoger el personal de las parroquias y las catedrales, y claro es que siendo protestante el gobierno, no podia tener en esto intervencion ninguna. Con-

el fin de evitar este inconveniente se creó el negociado religioso, que por ser conocido del gobierno é inspirar confianza al clero, sostiene perfectamente la armonía entre las dos potestades.

Ahora, suprimido el negociado católico, M. Bismark intentará inmiscuirse en los asuntos de la Iglesia por medio de empleados protestantes y judíos ó que no tengan fe de ningún género. Así empleados enemigos del catolicismo serán los que nombren los profesores católicos, los que intervengan en la elección de los párrocos, y los que en fin decidan en lo relativo á la presentación ó aceptación de los obispos.

Basta solo indicar esto para comprender que M. Bismark, proponiendo una cosa que no puede ser admitida, intenta provocar al papa y al alto y bajo clero y aun á los fieles todos, á fin de ocasionar un rompimiento y justificar medidas de rigor. El gobierno de Berlín querrá que se le acepten los párrocos ú obispos designados por hebreos ó protestantes, y como no se le podrán admitir, dirá que se le desobedece, y aparentará indignarse contra lo que calificará de traicion y rebeldía.

La Germanie, que conoce esto, dice: «Sabemos que lo que se quiere es perseguir á la Iglesia; pero retrocédase por miedo ó haya valor para seguir, nosotros los católicos, que porque tenemos razon no tenemos miedo, continuaremos siempre en la misma línea de conducta. Damos al César lo que es del César, pero no negamos á Dios lo que es de Dios. Observaremos las leyes, pagaremos nuestros tributos, y en lo demás, suceda lo que suceda, nos mantendremos firmes en nuestro terreno. Es ley la libertad de cultos, y pedimos que no se atente contra la libertad de nuestra conciencia. El gobierno, que no tiene fe, como no tiene ciencia médica, no nos puede señalar el párroco que nos ha de administrar los sacramentos, así como no nos impone el facultativo que nos ha de curar en nuestras enfermedades. Si por esto, es decir, porque pedimos respeto para nuestra dignidad y libertad para nuestra conciencia, se nos apellida rebeldes, lejos de rechazar la acusacion, nos honraremos con ella.»

El gobierno de Munich, escitado por el de Berlín, está tambien molestando bastante á los católicos. Bajo el pretexto de proteger á los pocos eclesiásticos cismáticos que siguen á Döllinger, se está haciendo cruda guerra á los obispos y al clero que como no podia menos de suceder han aceptado el concilio. Döllinger está siendo ahora en Alemania lo que ha pocos años fue el ex-jesuita Passaglia en Italia. Quiso levantar bandera cismática y tuvo que plegarla. El papa, que tan perseguido está, no podia inquietarlo; pero los católicos que cada vez se unen y estrechan mas, no quisieron seguirlo. Así es que su predicacion fué la voz del que clama en el desierto.

M. Bismark quisiera que el mundo no viese disidencias en Alemania para aparentar que la nacion entera es una inmensa máquina, cuyo resorte tiene en su mano. Por esto hará cuanto le sea posible por ahogar en su cuna las protestas de los católicos. ¿Lo logrará? La verdad es que la cuestion religiosa lleva ya mas de tres siglos en Alemania, y que por lo tanto los católicos están allí acostumbrados á sufrir y á vencer sufriendo.

Esperemos en el triunfo del catolicismo.

La persecucion contra el papa no encuentra eco en la Alemania católica. Uno de los mas fogosos anti-infalibilistas, el doctor Michelis, sacerdote escomulgado como Döllinger, recorre en este momento toda la Alemania, tratando de sublevar por sus violentos discursos los espíritus contra el dogma de la infalibilidad. El 29 de julio se encontraba en la Westfalia (Paderborn), donde debía dar una conferencia: mientras que por la tarde recitaba su arenga ante un auditorio poco numeroso, se reunió delante de la casa llamada el *Mercurio de Westfalia* una multitud de pueblo que comenzó á espresar su desaprobacion de una manera amenazadora. Cuando Michelis salió, fué acogido por los gritos de: «¡abajo el hereje!»; de manera que aquel se vió obligado á volverse á su fonda acompañado de varios

oficiales de húsares. La multitud le siguió y se agrupó delante de la referida fonda en número de trescientos ó cuatrocientos hombres que permanecieron allí hasta las once de la noche, gritando sin interrupcion: «¡Fuera de la ciudad Michelis! ¡Abajo el hereje!» etc. Ha sido preciso que toda la policia y la gendarmeria de la ciudad estuviesen en movimiento y se estableciese guardia delante de la fonda, para que el propagandista no haya sido arrastrado por las calles, y que la cruzada en favor del Santo Padre no hubiese levantado su pendon en la Westfalia.

El movimiento católico crece en el Perú: una carta de Lima del 27 de junio dice:

«El 17 del presente mes llegó el delegado apostólico monseñor Serafin Vanutelli, el cual fué recibido con todos los honores que su elevada mision exigia. Ayer tuvo lugar su recepcion oficial, en la que se desplegó gran pompa.

El presidente de la república, acompañado de todos sus ministros, del cuerpo diplomático, vocales y presidentes de las diferentes salas del tribunal supremo y superior, recibió al Excmo. señor delegado. El discurso que pronunció en buen español, fué muy espresivo y cordial: el Excmo. señor presidente se espresó en términos altamente católicos, siendo la sintesis de su discurso la mas clara y completa condenacion de la doctrina de la separacion de la Iglesia y del estado.

Asistió á la ceremonia una gran concurrencia de todas las clases de la sociedad y un gran número de señoras deseosas de tributar al Excmo. señor delegado un testimonio de simpatía á la santa sede y al papa atribulado y despojado.

La conducta del presidente de la república en la recepcion del delegado de su santidad ha sido muy aplaudida por el partido católico, y Balta no ha desmentido sus sentimientos y creencias religiosas, pues es católico sincero y fervoroso; bastaba á cualquiera convencerse de esta verdad al oírle pronunciar su discurso, pues en él se veía hablar al creyente, al hombre de convicciones, no al jefe de una nacion que pronuncia un discurso para llenar una formalidad oficial; tanto era el entusiasmo con que lo pronunció y lo intencionado de ciertas palabras de su discurso.»

En la villa de Mercadal en Menorca acaba de instalarse la Asociacion de Católicos, que siguiendo á la de Ciudadela y á la de Mahon es ya la tercera que cuenta aquella isla.

El miércoles 23 del corriente, en que se cumple el pico de meses y dias que falta al pontificado de Pio IX para igualar exactamente en duracion á la que alcanzó el de S. Pedro segun la opinion mas acreditada, y que se solemnizará en toda la cristiandad con oraciones mas que con fiestas, siguiendo el ejemplo de Roma tan atribulada en estos dias de prueba, será conmemorado tambien en esta ciudad, segun noticias, permaneciendo todo el dia espuesto el Santísimo en la catedral y haciendo la vela los individuos de la Asociacion de Católicos y los que á ellos gusten agregarse. Invitamos á la poblacion entera á tomar parte en esta sencilla y piadosa demostracion, rogando por la conservacion de nuestro amado pontífice y por la paz de la Iglesia que es al propio tiempo la salvacion de la sociedad; y pedimos á las demás Asociaciones de la provincia que imiten este ejemplo.

ENSAYOS POLÍTICOS DEL SR. QUADRADO.

En esta semana se repartirá la 4.^a entrega correspondiente al mes de junio. El precio de cada entrega un real para los suscritores de la UNIDAD, y real y medio para los que no lo sean. Los suscritores de fuera se servirán dirigir sus pedidos á la librería de Guasp, donde se halla de venta á 16 reales vellon el primer tomo de dicha obra que comprende los ENSAYOS RELIGIOSOS.

PALMA.--Imprenta de Guasp.